

Índice de contenido

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Más Nou editorial](#)



UN BRINDIS POR EL DESAMOR

ROSA SANMARTÍN





.NOU.

EDITORIAL

Título: Un brindis por el desamor.

© 2021 Rosa Sanmartín Pérez.

© Diseño y maquetación: nouTy.

© Imagen de portada: Freepik.

Colección: **NOWEAME.**

Director de colección: **JJ. Weber.**

Primera edición marzo 2022.

Derechos exclusivos de la edición.

©nou EDITORIAL™ 2022.

ISBN: 978-84-17268-67-1

Edición digital julio 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

Más información:

noueditorial.com / **Web**

info@noueditorial.com / **Correo**

[@noueditorial](#) / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

nowestore.com / **Tienda online**

CAPÍTULO 1

Se despertó sola. La cama que hasta ese momento le resultó un lugar apacible en el que pasar las horas, le pareció fría, áspera. Jamás pensó que aquel espacio que habitaron los dos, que refugió caricias y besos, pudiera resultar tan desagradable. Se levantó deprisa. No quiso esperar a que se hiciera de día, no quiso esperar que la luz se colara por aquel ventanal que siempre tenían abierto. Todo, esa mañana, le pareció oscuro. No hubo culpables en aquella ruptura, en aquel adiós que se dijeron Angélica y Philippe tres meses atrás. Ambos lo sabían; su historia de amor había terminado, había tocado fondo. Nadie lo hubiera imaginado. Sin embargo, aquellos dos seres que emprendieron viaje casi veinte años atrás, tenían que separarse. Los dos, de alguna manera, se quedaban huérfanos del otro. Los dos, de alguna manera, decidieron ser uno.

Philippe y Angélica se conocieron en el instituto, tenían entonces quince años. Él acababa de llegar de París, porque a su padre lo habían trasladado. Madrid era el epicentro de unos negocios que, aunque no lo supieran, se desmoronarían años después. Pero en aquel momento estaba en auge y era el mejor lugar para hacer dinero. Philippe, pues, entró en su clase perdido. El nuevo. El emigrante. El franchute. El gafotas. Cualquiera apodo servía para incomodar al compañero que no compartió con ellos los anteriores cursos. Había que ser despiadado. A Angélica le dio pena, aunque era el momento de encajar en el grupo y prefirió no salvarle. Para eso ya estaba Lorenzo, su mejor amigo. Él rescató a Philippe, se ofreció a ayudarle si tenía problemas con los deberes, si no acababa de entender el idioma. Cualquiera cosa que necesitara, Lorenzo estaría para él.

Sin embargo, resultó que Philippe dominaba el español, además del inglés, las matemáticas, la física, la literatura, y cualquier otra disciplina que apareciera por el plan de estudios. El franchute, entonces, pasó a ser el empollón. Un grave problema si no tenías la personalidad de Philippe, quien estaba seguro de que

algún día, todos esos niños trabajarían para él. Se reía cuando lo decía y a Angélica le gustaba. No se lo confesó. Eso se lo guardaba para cuando estaba a solas en su habitación, por la noche, al abrigo de una manta calentita y su cuerpo le recordaba que Philippe estaba más presente de lo que quería reconocer.

Lorenzo y Philippe acabaron por ser los mejores amigos, los confidentes, los compañeros de casi todo; y Angélica, entonces, pasó más tiempo con él del que planeó los primeros días. Si había que hacer un trabajo, Angélica procuraba que estuviera en su grupo; así se aseguraba unas horas juntos, unas cuantas visitas a sus respectivas casas. Angélica pasó de no querer salvarlo, a salvarlo demasiado, a poner excusas para encuentros fortuitos de camino al instituto, de viajes en metro hasta la otra punta de Madrid, porque había una tienda que quería visitar. Philippe, con ojos vidriosos, comenzó a mirar a Angélica como a una chica y no como a esa compañera de clase con la que quedar para estudiar.

Los dos, pues, comenzaron a verse fuera del instituto. Algún sábado al cine, una película de estreno, unas cervezas el viernes por la tarde después de la clase; un domingo a pasear por el Retiro. Lorenzo los acompañó en algunos encuentros, pero pronto descubrió que su amiga de la infancia, aquella con la que jugaba desde la guardería, se había enamorado; así que aprendió a poner excusas, a alejarse, a sonreír cuando los dos desaparecían por la esquina del instituto sin decir adiós siquiera.

Philippe, por su parte, le pidió a su mejor amigo si podía enamorarse de Angélica. Nosotros somos como hermanos, nunca hemos pensado en eso. Y era verdad. Angélica y Lorenzo crecieron juntos, y nunca, en todos aquellos años que pasaron, sintieron eso que dicen amor. Ellos se querían, aunque de otra manera. Si algo le pasaba a Angélica, Lorenzo salía en su defensa como si le fuera la vida en ello. Y al revés. Nadie podía tocar a Lorenzo, o Angélica sacaba lo peor de su carácter. Es mejor que no tientes a la suerte, como aparezca la bestia, te vas a asustar. Angélica puede ser un verdadero demonio, te lo advierto. Pero Philippe dijo que no le importaba, que ella era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida, que nunca conoció a nadie igual, que moriría por un beso suyo. Lorenzo se echaba las manos a la cabeza, reía, y con un abrazo sellaron un pacto de silencio y amistad. Philippe le dijo que cuidaría de Angélica, aunque todavía no sabía cuándo empezaría a hacerlo, porque le daba miedo que ella dijera no.

Philippe dejaba pasar los días, las horas, y nunca avanzaba en ese amor. Quedaban para ir al cine y allí, en la oscuridad, a solas, se moría de la vergüenza. Planeaba delante del espejo cómo le cogería la mano, cómo la abrazaría, cuándo le

daría el beso, y después, todo se evaporaba. Ella lo miraba siempre con una sonrisa, le preguntaba en susurros qué iba a pasar después, por qué el protagonista no hacía lo que se presuponía; cualquier cosa para arrimarse a Philippe, que era cuando se moría de la vergüenza y dejaba a un lado todos sus planes para sonreír, y decirle que guardara silencio y disfrutara de la película.

Después, a solas, los dos se soñaban y se decían cuánto se amaban, cuánto se deseaban, pero en silencio, en la oscuridad de sus habitaciones, abrazados a sus cuerpos y sin más lenguaje que el de las manos.

El curso lo pasaron yendo y viniendo, quedando a solas para estudiar, para hacer trabajos, para ir al cine, a las cervezas. Todo el año buscándose y sin encontrarse. Y el final de curso, el verano, la separación, estaba a punto de suceder. Philippe le propuso ir a celebrar sus notas, su final de curso, sus vacaciones sin pensar en el temido septiembre. Ella accedió, segura de que ese iba a ser el día, el momento en que Philippe le confesaría que le gustaba, que quería salir con Angélica. Y pensó, mientras se ponía unos pantalones cortos vaqueros, que si él no se lo decía, lo haría ella, porque no aguantaba ni un minuto más sin besar sus labios carnosos.

Toda la ilusión, toda la euforia se le pasó en un instante cuando Lorenzo, desde el balcón que compartieron siempre, le dijo que él también era parte de ese encuentro.

—¿Cómo que tú también vienes?

—Ya le he dicho a Philippe que no, pero ha insistido y es mi mejor amigo.

—Joder, y yo tu mejor amiga, podrías poner un poquito de tu parte.

—Lleváis todo el año martirizándome, de verdad, enrollaos de una vez, por favor.

—Pero si es que no dice ni pruna, Lorenzo. Que yo ya no sé si le gusto o no, porque mira que se lo pongo fácil. Joder, que ni en el cine.

—¿Y por qué no se lo dices tú? ¿Por qué no le dices cuánto te gusta?

—¿Pero se lo tengo que decir? ¡Si somos la comidilla de la clase! Creo que lo sabe todo el mundo menos él. De verdad que pienso que es gay y el que le gusta eres tú, por eso queda siempre conmigo, para ver si apareces.

—No me hagas reír, anda. Tira, acaba de vestirte y vámonos, que llegaremos tarde.

—Vale, tú hazte el loco, pero te digo yo que quien le gusta eres tú, porque vamos, es que no se entiende.

—El que no os entiende soy yo. Va, te espero abajo. Date prisa.

Y abajo, en la calle, la esperaba Lorenzo. Angélica, cabreada, porque veía que el joven de ojos verdes y labios carnosos con quien quería besarse era con su mejor amigo. Philippe los esperaba en la cafetería de siempre con una cerveza. Pidieron lo mismo y brindaron por el verano. Pasaron la tarde vaciando cervezas y seguros de que el mundo era de ellos tres. Caminaron, hartos del alcohol, por las calles de Madrid. El calor se apoderaba de sus cuerpos. Rieron y saltaron en el parque cuando oyeron algo de música sonar. No les importaba nada. Ellos eran invencibles en aquel verano; o quizá, fue el alcohol el que los hizo invencibles.

Compraron unas hamburguesas, que devoraron sentados en un banco. Seguían las risas y esa tregua que les dieron los padres para llegar más tarde. Si habéis sido responsables para estudiar, ahora debéis serlo para salir. Os toca disfrutar después del esfuerzo. Y ellos iban a aprovecharlo, porque era el último día que se verían los tres. Lorenzo se marchaba al apartamento que sus abuelos tenían en Castellón. Angélica, en una semana, se iría a la montaña a pasar una semana en un refugio. Y Philippe viajaría a París a encontrarse con la familia. La separación era inminente. Los tres jóvenes tenían que aprovechar hasta el último minuto.

Compartieron bebida, helados y abrazos en la calle.

—Me voy ya para casa. —Lorenzo no veía el momento de dejar a solas a sus amigos.

—Espera y nos vamos juntos. —Angélica, un poco desolada, pero feliz.

—Os acompaño hasta el metro y yo después cojo un taxi.

—No, mirad, ya no os aguanto más. Me marchó en dos días y como no arregle yo esto, no lo arregla nadie.

—Lorenzo, bonito. —Angélica se puso tensa.

—Angélica, bonita. Va. Me marchó, ¿vale? Pillo el metro y cuando llegue a casa os mando un mensaje. Y vosotros portaos bien.

Lorenzo desapareció por entre las calles de Madrid, y Philippe y Angélica se quedaron solos. Se miraron a los ojos. Eran incapaces de hablar. Philippe, inmóvil. Angélica, lo mismo. Estallaron en carcajadas. Quién sabe si los nervios, la situación, las ganas que se tenían. Y las carcajadas se convirtieron en un abrazo, el abrazo en un beso en el cuello, en una caricia en la espalda, en una mirada esquiva, en un beso lento.

CAPÍTULO 2

Lo peor era la soledad de ese lugar que crearon a medias. La cocina, en la que ahora Angélica se preparaba un café con leche, le resultó tan fría como la cama. Los muebles blancos combinados con electrodomésticos en acero, que años atrás le parecieron modernos, acogedores y familiares, ahora le resultaban gélidos. Un módulo de armarios bajos, que dividía la cocina de la sala de estar, terminaba en una barra de mármol color canela, donde ahora reposaba su desayuno. Se sentó en el taburete y sorbió despacio. Quemaba, aunque no le importó. Hacía frío; no solo era lo que sentía por dentro, era lo que hacía fuera. La lluvia había empapado la casa. El invierno se había apoderado de su vida, de la de fuera y de la de dentro; de las mañanas frías en las que ahora no se abrigaría en los brazos de Philippe y en el escaso sol que cubriría sus despertares casi nocturnos. Las siete de la mañana, dos grados. Nublado. Como ella, que se rompía en nubarrones, en llantos interminables, en una espesa neblina de la que no sabía cómo huir.

Los días en la revista recién inaugurada se hacían eternos. Los reportajes llegaban, pero ella no tenía fuerzas para sonreír a unas personas que rebosaban vida y ganas de vivir, cuando lo único que quería Angélica era llorar y llorar y llorar. Lo único que quería era encerrarse en su casa, meterse en la cama debajo del edredón y dejar pasar los días hasta que Philippe se hubiera ido para siempre de su corazón. Pero Meredith la necesitaba en *Boost Culture*. Conciertos, entrevistas en hoteles con artistas, que pasaban solo cinco minutos contigo y que no se molestaban en aprenderse tu nombre. Entrevistas con autoras, que acababan de recibir un premio y cuyas editoriales necesitaban que salieran en todos los periódicos y revistas, para amortizar el tan merecido premio y sufragar los gastos anteriores. Una autora que antes no dio dinero, pero que en ese momento les hacía de oro, había que amortizarla. De esa manera se lo decían las agencias literarias; y Angélica, sumida como estaba en el dolor, recibía esas palabras como el que recibe

una factura. Sin poder evitarlas, pero casi odiándolas. Así se sentía todos esos días en los que Philippe se negaba a deshabitarla y ella lo único que deseaba era que se marchara para siempre de su cuerpo.

Los dos, Philippe y Angélica, amigos de la adolescencia, de unos años de instituto en el que la palabra amistad se fue convirtiendo en algo más, ahora, se habían dicho adiós. Después de tantos días compartidos, de noches agazapados tras las calles en busca de un último beso, de una última caricia; de la primera vez para los dos, del primer despertar, se dijeron adiós para siempre. Nadie puede imaginar el dolor que sintieron aquellos jóvenes cuando se lo dijeron todo, lo que se habían amado y a lo que renunciaban. Dejaban atrás lo vivido para empezar de nuevo, solos, sin la compañía del otro, sin la fortaleza del otro.

Desde que Philippe llegó a casa y formuló la frase que llevaba semanas rondándole la cabeza, Angélica supo que era el final. Su historia perfecta de amor se quedó truncada una tarde en el despacho donde trabajaba él.

—Es una oportunidad, Philippe; no puedes dejarlo correr. Si ella te quiere, se marchará contigo. ¿No lo hicisteis antes? Ahora seguro que también podéis empezar en una nueva ciudad. Aquí hay un montón de oportunidades, para ti y para ella. Dime que no es lo que siempre has querido.

—Es lo que siempre he querido, John, claro que sí. Aunque creo que no es el momento y que debería renunciar a esa oferta de trabajo. Angélica está empezando un proyecto nuevo en la revista y ahora se encarga de entrevistar a autores, lleva la parte literaria. Es lo que siempre soñó. No puedo llegar y decirle que lo deje y se venga conmigo. No me parece justo.

—¿Y te parece justo que seas tú quien tenga que renunciar? También es el trabajo que siempre soñaste. Elegirás los contenidos de la productora. Tú y yo, claro. Es nuestro momento. Ellos ponen la pasta y nosotros el curro. No me digas que no es perfecto, porque yo no me imagino con un trabajo mejor. Esto es... en fin, que nos ha tocado la lotería de rebote. Porque si James no se hubiera largado y les hubiera dejado colgados; y Katie no les hubiera hablado de un amigo que estaba buscando ese curro... Nada. Esto solo nos va a pasar una vez en la vida. Y yo les he pedido que te unas a mí, porque sé que es lo que siempre quisiste. Y ellos han apostado por los dos, por nosotros. Nunca más volveremos a tener tanta suerte.

Esa fue la conversación que tuvo Philippe con su antiguo compañero de trabajo y ahora amigo. Habían mantenido el contacto pese a que John decidió trasladarse a Estados Unidos en busca de un mejor trabajo. Es el país de las oportunidades, le

decía entre risas. Y vaya si lo fue. Tanto, que nunca pensaron que esa oportunidad les fuera a caer a ellos. Pero pasó. Y ahora Philippe se debatía entre decirle a Angélica que lo abandonara todo y se fuera con él; o dejar pasar esa única ocasión y quedarse con su amor de toda la vida. No podía tener las dos cosas, eso sí lo sabía.

La cena, aquella noche maldita, la preparó Angélica. *Fish and chips* para terminar un día agotador cubriendo eventos políticos que ya hastiaban a ambos; un poco más a Philippe que pasaba horas delante del Parlamento mojándose bajo la lluvia. El invierno no ayudaba, el frío calaba hasta lo más hondo. Mientras Angélica llenaba las copas con un vino tinto recién comprado, al otro lado de la puerta, se cernía el final. Philippe entró en la casa, despacio. Dejó las llaves en la entrada y se quitó los zapatos. Los arrimó junto a las botas camperas de Angélica. Tembló. En la cocina, con una sonrisa, estaba ella. Se dieron un beso, y los dos se sentaron a la mesa. Bebieron un sorbo de vino y Angélica comenzó a hablar de su próxima entrevista a un músico callejero, que había triunfado en las calles de Nueva Orleans.

—Es un hombre mayor que versiona canciones famosas. Vendrá a Londres y he conseguido una entrevista. Por eso Meredith me deja que sea yo quien la haga, aunque no sea de mi sección. Grandpa Elliott, se llama. Mira, escucha esta canción. —Angélica se levantó de la mesa y fue a coger su móvil. Tardó unos segundos en localizar la pieza. De fondo, *Stand by me*.

Si había una canción que no debía sonar aquella noche, esa era.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado en el trabajo? Llevas unos días muy serio. — Angélica se dio cuenta de que solo ella estaba eufórica.

—Nada; no ha pasado nada.

—¿Y esa cara?

—Tengo que contarte algo.

Angélica se congeló en ese instante. Las conversaciones de la noche después de un día de trabajo, se helaron en ese momento. Tengo que contarte algo sonaba mal. Todo lo que pasó por su cabeza en unos segundos, se convirtió en un torbellino que impedía pronunciar palabra alguna: ya no te quiero, he conocido a otra, no es lo que habíamos planeado. Dijimos que volveríamos a Madrid y tú no quieres. Hay otra persona en el trabajo con la que quiero compartir mi vida. Me vuelvo a casa. Repetía imágenes y sentimientos. Él con otra. Él haciendo la maleta porque ya no la quería. Él saliendo de su hogar.

—¿No puede esperar a mañana? —Angélica quería cenar tranquila, acostarse, abrazarse a Philippe como había hecho desde que abandonaran Madrid, dormir acurrucada entre sus brazos. Y ese «tengo que contarte algo» iba a impedirlo.

—No puede esperar. Debería habértelo dicho antes, semanas atrás, pero no sabía cómo te lo tomarías y ahora ya es tarde. —Angélica, de nuevo, con una espiral de imágenes en su cabeza. Angélica repitiendo las palabras «semanas atrás». Cómo podía ser que ella no se hubiera dado cuenta. Cómo era posible que él le hubiera mentado y no lo percibiera.

—Entonces de nada sirve que demoremos esta conversación.

—¿No vas a cenar? —Angélica se puso en pie y retiró su plato.

—No tengo hambre.

—Lo siento, no quería estropearle la cena, la noche, pero no puede esperar más esta conversación. Lo siento, de verdad.

—Suéltalo ya.

—Me han ofrecido un trabajo en Carolina del Norte.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Angélica no sabía si saltar de alegría, echarse a llorar, lanzarle el vino—. ¿Esto tiene que ver con tu trabajo?

—¿Qué creías?

—Tenemos que hablar. Te lo tendría que haber contado hace semanas. No sé, ¿qué esperabas que pensara?

—No lo sé. Eso que estabas pensando, no. ¿Cómo has podido creer que yo?

—Ni que fueras el primero.

—Bueno, pero somos nosotros. ¿Nosotros? Nosotros no nos haríamos eso, ¿no?

—Yo desde luego no.

—Yo tampoco.

—¿Entonces por qué tanto misterio, Philippe? ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

—Porque es un trabajo fuera de aquí, a muchos kilómetros. Porque tú tienes tu vida en esta casa, en esta ciudad, y ahora no sé si estarás dispuesta a dejarlo y acompañarme.

—¿Por qué he de acompañarte? ¿Para cuánto tiempo es ese trabajo?

—Este trabajo es para siempre.

—¿Cómo para siempre? ¿No es unos meses y te vuelves? Ya te han ofrecido otros así y te marchas y después vuelves y estamos aquí los dos y yo sigo con mi vida y tú con la tuya. —Angélica no formulaba una frase seguida que tuviera sentido.

—No es para grabar un reportaje y después volver. Es un trabajo en una productora y es para instalarme allí; para ser parte del equipo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros nos tendríamos que trasladar a Carolina del Norte, ya te lo he dicho.

—¿Y mi trabajo? —Angélica no comprendía por qué, de pronto, su vida se convertía en un caos, por qué su mundo perfecto se venía abajo.

—Tendrás que dejar tu trabajo y buscar otra cosa.

—Pero yo no quiero dejar mi trabajo. Me ha costado mucho tener libertad para escribir sobre lo que quiero, todas las semanas mi columna en *White Magazine*, una de las revistas de más tirada. Y ahora, con *Boost Culture*, páginas y páginas para hacer reportajes culturales. Es lo que siempre he querido y por fin formo parte de un proyecto.

—Puedes hacerlo desde allí, si te dejan.

—Quizá me dejen, pero no quiero marcharme. Llevamos años en esta ciudad, ya nos hemos hecho a ella. Hemos comprado esta casa juntos. Tenemos nuestra vida aquí. Los dos. No podemos marcharnos. ¿No lo entiendes? Tienes que decir que no. —Sus frases no sonaban autoritarias, más bien desoladoras, desesperadas.

—No puedo decir que no.

—¿Por qué? Si no te gusta el trabajo que estás haciendo ahora, puedes dejarlo, no es problema. Nos apañaremos con mi sueldo. Y pronto encontrarás otra cosa, estoy segura. Ahora mismo yo no puedo dejar mi empleo. Tengo un compromiso con Meredith. Ella se ha arrancado a esta historia porque iba a apoyarla. Solo hace unas semanas que empezamos. No puedo dejarla. ¿Qué pensaría?

—Angélica...

—Además, ¿cuándo pediste ese trabajo? ¿En qué momento hablamos de cambiar de país, ni tan siquiera de ciudad? ¿En qué momento me dijiste voy a buscar un nuevo trabajo porque el que hago ya no me interesa?

—No lo hablamos nunca; ha sido casualidad.

—¿Casualidad? Por casualidad uno se encuentra una moneda de dos libras en el suelo, pero no deja su vida.

—¿Te acuerdas de John?

—Nunca me cayó bien.

—No estamos hablando de eso.

—Claro que sí. Resulta que ese trabajo te lo ha ofrecido John, seguro.

—Sí; bueno, no exactamente. Ha sido su jefe.

—Porque él le ha hablado de ti.

—Sí.

—¿Cuándo le dijiste a John que tú también querías salir de Londres y largarte a Carolina?

—No se lo dije nunca.

—¿Entonces?

—Estaban buscando gente y me lo han ofrecido.

—Y no te has negado.

—Todavía no he dicho que sí, Angélica.

—Tampoco que no.

—Tampoco. Quería hablarlo contigo.

—Ya has tomado la decisión. De lo contrario, me lo hubieras dicho semanas atrás. Si te callaste es porque desde el principio tomaste una decisión. De hecho, estoy segura de que en cuanto John te lo propuso le dijiste que sí.

—No seas cruel.

—¿Cruel, yo? Yo no he sido la que se ha callado durante días que tiene un nuevo trabajo, no soy yo la que quiere desmontar nuestra casa, la que ha decidido que es el momento de empezar en otro sitio.

—Ya lo hicimos hace años y nos ha ido bien.

—Tenemos treinta y cuatro años, una hipoteca, trabajos bien pagados. No lo entiendo.

—Estamos a tiempo de hacer lo que queramos con nuestras vidas. Somos jóvenes. —Angélica, silencio—. ¿Digo que no, pues?

—No vas a cargar esa responsabilidad a mis espaldas, no te lo voy a permitir. Si quieres marcharte, te vas; si no quieres marcharte, no lo hagas. Pero no seré yo la que elija.

—Ya estás eligiendo por mí. Me estás dando un ultimátum: si me voy, lo nuestro se termina.

—También es un ultimátum para mí: si no me voy contigo, lo nuestro se termina. Lo siento; no voy a elegir.

Angélica se levantó y se marchó a la habitación. No hablaron más del asunto ni ese día ni los que siguieron. Philippe acabó por dormir en el sofá después de esa conversación y ese fue su final. No hubo marcha atrás. Los dos, cada uno a su manera, decidieron que no acompañarían al otro en su viaje. Él no quería renunciar a trabajar en una productora en la que poder elegir contenidos, reportajes, ayudar a otros jóvenes, como le ayudaron a él, llevar a cabo proyectos que de otra manera serían inviables. Tendría acceso a las televisiones americanas, a

entrar en aquello que llamaban «la parrilla». Por fin, después de años trabajando sin descanso, tenía una oportunidad.

Y Angélica no estaba segura de querer renunciar a un trabajo con el que soñaba en la universidad. En la cama, a solas, pensó en si debía o no hacer esa concesión. Philippe no se quejó cuando ella le propuso dejar Madrid y trasladarse a Londres.

—Unos meses, un año quizá, después nos volvemos. Me han ofrecido una beca de estudiante, de mierda, vamos, pero estaremos los dos juntos. Trabajaremos de camareros, como la mayoría de los licenciados, nos reiremos de nuestros sueños en las nubes, nos daremos de bruces con la realidad cuando me digan que ya no me necesitan, y volveremos a nuestro Madrid de la adolescencia.

De esa manera se lo había dibujado Angélica después de dos años dando tumbos por la capital, buscando trabajo mientras cursaban un máster que les daría mayor proyección, y sin encontrar nada que se pareciera a lo que planearon. Philippe, que se reía de cada una de sus palabras, de esos sueños que ya se frustraban antes siquiera de que empezara su película, su vida juntos, le dijo que sí. Que la acompañaría donde ella dijera, aunque eso supusiera trabajar en un sitio inmundo, porque él, lo único que quería, era estar a su lado, besarla cada minuto, acariciar su cuerpo como si no hubiera otro. Y ella le reía su romanticismo exagerado, le decía que tendría que haber nacido en otra época, que en la suya estaba pasado de moda; pero en el fondo, se enamoraba cada vez que lo escuchaba, cada vez que le decía esas frases rellenas de amor.

Y ahora, Philippe, el amor de su vida, se acostaba al otro lado de la casa, a solas, sin besos, sin caricias, sin manos entrelazadas. Ahora, el amor de su vida, había decidido que se marchaba y la dejaba sola. Sola en aquella casa que construyeron los dos, sola en aquella vida que crearon casi desde el primer día que Philippe entró por la puerta de su clase y se enamoró.

CAPÍTULO 3

Angélica salió a la calle con un abrigo oscuro, como su vida. Cruzó por Ladbroke Square Garden, y siguió caminando hasta la parada de metro de Notting Hill. El bullicio de la gente la sacó de su silencio. Se dirigió al andén arrastrada por la multitud. Agradeció aquel empujón, absorta como estaba en sus pensamientos. Subió al metro y permaneció de pie. Los meses que habían transcurrido desde que Philippe se marchara no habían conseguido que volviera la antigua Angélica. ¿Cuánto tiempo se necesita para recomponerse de una ruptura? Se lo preguntaba casi a diario, casi a cada instante, en las noches en vela, en los despertares. Ella quería olvidar ese amor, seguir adelante, volver a sonreír. Pasear sin pensar que ese era el mismo recorrido que había hecho tantas veces con Philippe. Quería ir al cine y no sentir que los asientos eran los mismos que un día ocuparon ellos, unos asientos en los que se besaron, se acariciaron y fueron preludio de una noche de amor. Angélica estaba enfadada, con ella y con ese mundo que le devolvía el retrato de Philippe a cada segundo.

Bajó en la parada de Hyde Park. Entre la multitud vio dos ardillas jugando en un árbol. Parecía que se buscaban, que querían tocarse, sentirse. Que con esa huida de la primera, y la búsqueda de la segunda, habría un instante, un solo instante, en el que las dos se fundirían en una. Los pensamientos de Angélica siempre eran lo mismo. El mundo entero, hasta el de las ardillas, se le representaba enamorado, con besos y encuentros a los que a ella se le había negado participar. Philippe se había marchado, para siempre, y con él la palabra amor. Le odió. Odió que se hubiera ido y que la hubiera dejado sin la posibilidad de levantarse por la mañana haciendo el amor.

Siguió paseando. No quería llorar, aunque era difícil reprimir las lágrimas cuando todo lo que rodeaba su mundo le recordaba que estaba sola. Sacó sus gafas de sol, inútiles en un día nublado; no quería que la vieran llorar. Caminó a lo largo

del parque, se sentó a respirar, a observar a un grupo de jóvenes recostados sobre la hierba húmeda. Otros corrían como escapando de sus vidas. Quizá ella debería hacer lo mismo, empezar a correr. Así sentiría que esa huida era real, que ese perseguir algo, aunque no supiera qué, se haría patente y podría olvidarse de su vida actual. No le gustaba. Angélica sabía que en algún momento volvería a ser la de antes, aunque en ese instante de su vida no lograra vislumbrar ese futuro.

Sacó el móvil. Lunes, nueve de la mañana. Debería estar trabajando. Meredith le había mandado un mensaje, «¿Todo bien? ¿Te veré en el despacho?» Meredith, su jefa, también era su amiga. Años compartiendo trabajo las convirtieron en algo más que compañeras. Ella fue quien le dio esa oportunidad recién acabado el máster en Periodismo y ahí seguía.

—Es una beca miserable, lo sé. Llevo tres años con esta revista y todavía no tengo grandes ingresos. Llegaré lejos, aunque de momento, casi todas las personas que colaboráis sois becarios. Ya me gustaría pagaros un buen sueldo, pero imposible.

A Angélica le encandiló esa pose, ese optimismo con el que le vendía una beca, un trabajo con el que tendría que mendigarles a sus padres algo de dinero si quería sobrevivir en Londres. Y así fue, ni con el trabajo que pronto consiguió Philippe, ni con su beca, ni haciendo horas en una cafetería en el centro de Londres, lograban mantenerse a flote. Una habitación compartida era lo que tenían. Pero tras cuatro años trabajando casi sin remuneración, unas cuantas transferencias desde Madrid, y muchas horas pegada a la pantalla del ordenador, Angélica consiguió un contrato en la revista *White Magazine*.

—Las cosas van mejorando. Siempre has estado aquí y ahora toca recompensarlo. Seguirás compartiendo despacho con dos becarios más, aunque al menos tendrás un sueldo en condiciones. Por fin podrás dejar esa habitación cochambrosa y largarte a un piso.

De eso hacía casi seis años. Le pareció lejana esa conversación a Angélica. Y si lo pensaba, lo era. Después de aquello vinieron más éxitos, más posibilidades de crecer. La revista tomaba posiciones y Angélica compartía ese crecimiento con la que ya era su mejor amiga. Poco a poco tomó partido en algunas decisiones, iba participando más de los contenidos, de lo que se publicaba o no. Consiguió, pasados los años, otro buen ascenso y un despacho para ella sola. Y con ese ascenso y el nuevo trabajo de Philippe, una hipoteca en el famoso barrio de Notting Hill.